

EL CIMIENTO FIRME DE LA PALABRA VIVA

*Oh, Dios, mi corazón late por ti y anhela tu comunión.
Por naturaleza, deseo las cosas externas alejadas de tu
presencia, pero el nuevo nacimiento que ha llevado a cabo
el Espíritu Santo en mi corazón me impulsa a buscarte y a
llamarte “Abba, Padre”. Mi nueva naturaleza encuentra
armonía y unidad en tu bendita presencia. Amén.*

Dios ha establecido un nuevo pacto que en absoluto va destinado a abrogar el antiguo, el Antiguo Testamento, la ley. El antiguo pacto era provisional y echó los cimientos del Nuevo Testamento. Pensemos en el andamio que se levanta cuando se construye un edificio. No podemos decir que no sirve de nada. Tiene un gran valor mientras se concluye la edificación. Entonces, cuando el edificio está completo, se retira el andamio. El pacto del Antiguo Testamento (la ley veterotestamentaria) era un andamio provisional hasta el momento en que se erigiese el edificio nuevo. Entonces fue viejo, quedó obsoleto y desapareció.

El antiguo pacto era imperfecto por propia naturaleza. Tuvo una continuidad temporal y un efecto inadecuado. En estas páginas intentaré demostrar por qué la ley del Antiguo Testamento no llegaba a la perfección. Con “la ley” no me refiero solo a los Diez Mandamientos. Dios no los pronunció por sí solos,

sino como parte de una ley más amplia, que incluía el sacrificio, el sacerdocio, los altares y la sangre, los corderos, toros y machos cabríos, así como el día de reposo. Todas estas cosas están incluidas en el concepto de “la ley”.

La ley del Antiguo Testamento era santa, justa y buena, pero su punto débil estaba en su localización: era externa en vez de interna. La fuente de la conducta y el carácter de un hombre siempre están en su interior. Jesús dijo que lo de fuera no es tan importante; lo esencial es el interior, “lo que del hombre sale” (Mr. 7:20). Lo que no podía hacer la ley era cambiar lo que salía del hombre. Se puede encadenar a un tigre, pero sigue siendo un tigre. Se puede meter en la cárcel de por vida a un asesino perturbado, pero seguirá siéndolo hasta que se produzca un cambio en su interior. Esta era la debilidad de la ley del Antiguo Testamento. No podía arreglar las motivaciones internas del hombre. Sus directivas respecto a la conducta externa, “no harás” y “harás”, no podían afectar lo que había dentro del ser humano.

Lo que está fuera del hombre es legislación, y a una persona no se la puede cambiar a base de leyes. El ayuntamiento puede emitir una ley que exija a todo el mundo amar a su prójimo, pero no podremos cumplirla. Podemos caminar por la calle sonriendo y actuando como si amásemos a nuestro prójimo para mantenernos dentro de los confines de la ley y obedecer las ordenanzas, y evitar de esta manera ir a la cárcel. Si usted sonrío a los demás y actúa como si les amara, seguramente ellos pensarán que les ama, pero esa conclusión puede ser acertada o no. El ayuntamiento no podría emitir una ley tan absurda, porque nadie puede mandar en el corazón del hombre. Solamente se puede legislar sobre la conducta de una persona. Por consiguiente, la ley no puede crear una propensión moral interna. Esta es su debilidad.

Escrito en nuestros corazones

Dios prometió que proporcionaría una tendencia moral interior hacia la santidad. Dijo que sería un nuevo pacto, interno en lugar de externo. El apóstol Pablo lo explicó con bastante claridad: “siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Co. 3:3).

Ahora bien, cuando una persona recibe un nuevo pacto, el antiguo queda obsoleto. El antiguo pacto carece de poder moral sobre el cristiano, porque Dios ha establecido un nuevo pacto con su pueblo, bajo el cual se encuentra el cristiano. Este nuevo pacto, como hemos dicho, no actúa desde el exterior sino desde el interior.

Para ilustrar esto, acudamos a la propia naturaleza. Una cría de serpiente de cascabel sale del huevo y, antes incluso de ver cómo actúa otra serpiente de cascabel, sabe enroscarse y golpear. No es más que una criatura diminuta, jamás ha ido al colegio para aprender a golpear; se enrosca y ataca. Se trata de un factor natural de su conducta. Actúa como respuesta a otro acto que no depende de la experiencia individual anterior.

He visto a pollitos salir del cascarón y quedar indefensos durante cinco minutos. Entonces, cuando la brisa empieza a secarles el suave plumón, se ponen de pie y antes de estar completamente secos ya están escarbando la tierra. Nunca ha visto a otro pollito escarbar la tierra. Podrían ser los primeros en hacerlo en toda la historia. Escarban la tierra debido a un instinto natural que les induce a hacer cosas que no dependen de una experiencia previa. Lo hacen sin que nadie se lo haya enseñado.

Esta tendencia instintiva a la acción conduce a un fin. Ese factor desconocido es lo que impulsa a todas las criaturas (animales, aves, peces, gusanos y todos los demás) a actuar como lo

que son. Por supuesto, la conducta de la criatura se puede alterar superficialmente cuando se ejerce una presión desde el exterior.

En el circo se puede enseñar a un chimpancé a que se ponga un babero y coma usando cuchillo y tenedor, pero seguirá siendo un chimpancé. Dentro de él no ha cambiado nada. Sus adiestradores no han eliminado en ningún sentido ese factor desconocido que impulsa a cada ser vivo a actuar como lo que es. En cuanto esté a solas o se junte con otro chimpancé actuará como chimpancé, precisamente porque lo es. Las fuerzas externas no han hecho más que presionarle e inducirle a que actúe como lo que no es.

Creo que se puede enseñar a un pecador a actuar como un cristiano. Lo bautizamos, lo confirmamos, le ofrecemos regularmente la Cena del Señor, y le damos instrucción ética y, al cabo de un tiempo, empieza a actuar como cristiano, de la misma manera que un chimpancé actúa como un hombre. Sin embargo, no es cristiano, porque carece de ese factor interior que le induce a avanzar hacia la justicia y la verdadera santidad. Solamente se le ha enseñado desde fuera a comportarse como un cristiano.

Hay un número increíblemente elevado de miembros de una iglesia que se encuadran en esta categoría de haber sido adiestrados para imitar a los cristianos. Leen el Sermón del Monte y saben cómo debería vivir un cristiano. En realidad no viven así, pero se acercan todo lo que pueden. Tocan de oído y se aproximan bastante, lo suficiente para ser aceptados en la iglesia. Asisten a los cultos, cantan y ofrendan, y los demás piensan que son cristianos. A pesar de ello, viven en función de las presiones externas, el adiestramiento artificial y la imitación, no del instinto natural de su interior que les enseña actuar de determinada manera. Carecen de ese ingrediente ausente, ese factor desconocido que les induce a actuar como cristianos.

Permíteme que, para clarificar esta idea, llegue a un extremo.

Pensemos en el primer arcángel que aparece en el himno de Isaac Watts (1674-1748) titulado: “Poder eterno, que mora en lo alto”. Mientras canta este ángel, oculta el rostro entre las alas:

Allí, mientras canta el arcángel primero,
Oculta el rostro entre sus alas,
Y los tronos relucientes a su lado
Se postran en la tierra, adorando.

Frente a él tenemos a ese viejo diablo al que se le llama “el dragón” y “Satanás”. Los dos se encuentran tan alejados moralmente como pueda estarlo una criatura de otra.

¿Por qué actúa el primer arcángel como tal? Debido a un factor desconocido de su ser que le impulsa a actuar como lo que es. Si quieres, llámalo “voluntad”, pero está ahí. Cuando el arcángel actúa como tal, no se comporta así porque otros le han enseñado a hacerlo; actúa de dentro hacia fuera. Ese factor interno le induce a hacerlo, y él no se resiste, del mismo modo que el pollito no contiene el deseo de escarbar la tierra. Escarba porque algo que lleva dentro le impulsa a hacerlo.

El arcángel no se compara con nadie más, diciendo: “De acuerdo, ahora debo actuar como un arcángel”. Actúa como un arcángel simplemente porque lo es. La Iglesia lleva mucho tiempo reflexionando la pregunta de si un pecador peca porque es pecador o es pecador porque peca. Por supuesto, ambas cosas son verdad; corre en un círculo cerrado. Peca originariamente y primero porque es pecador. Es pecador porque peca. Por consiguiente, corre en círculo hasta que, por la gracia de Dios, escapa de ese circuito y ya no es pecador.

Frente al arcángel tenemos al diablo. También él actúa conforme a quien es, que es lo único que puedo decir en su favor. Incluso, cuando engaña, actúa como le dicta su naturaleza. Incluso, cuando actúa como un diablo, actúa como lo que es,

porque es el diablo. Hablando de algunos judíos que le perseguían, Jesús dijo: “Sois de vuestro padre el diablo” (Jn. 8:44).

La obra cumbre del Nuevo Testamento es plantar en el corazón del creyente un factor desconocido que le impulsa a actuar con justicia. Aquí estriba la diferencia entre las iglesias denominacionales y el verdadero cristianismo. Es la diferencia entre formar a una persona para que se comporte como un cristiano e invitarle a que ese deseo nazca de su interior.

La iglesia media está llena de personas que han aprendido los cánticos de Sion. Son personas que nunca han estado más cerca de Dios que Adán en su peor momento, pero que entonarán algunos de los himnos más hermosos que haya oído usted en su vida. Su “acento” lo adquirieron en el propio monte Sion. Cantan los himnos de Israel, pero sin ser israelitas. Cantan los himnos de la Iglesia, pero no son cristianos.

Tú dirás: “¿Qué derecho tienes de cuestionar a los asistentes a una iglesia de esta manera tan tendenciosa?”. Yo no tengo derecho a nada en absoluto; solo tengo derecho a ir al infierno, pero, bajo la gracia de Dios y por la autoridad que me ha concedido el Señor Jesucristo, tengo esta comisión: trazar una línea entre aquel que sirve a Dios y aquel que no lo hace, y luego plantarme y decir en nombre del Señor que, a menos que un hombre nazca de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios.

El grado de formación y el acento religioso que pongamos, por grandes que sean, nunca servirán de nada. Lo único que impulsa la conducta santa es lo que el Espíritu Santo implanta en el corazón del hombre. Lo llamamos de diversas maneras: el nuevo nacimiento, la regeneración o la conversión. Tú te conviertes para ser regenerado. Eres regenerado porque, antes que eso, fuiste generado mal.

Dios llama a la regeneración (el factor desconocido) “mi ley”. Él dijo: “Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel. Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la

mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo” (He. 8:10). Por lo tanto, un cristiano es aquel que lleva escritas en el corazón las leyes de Dios, como el centro de su motivación vital. Nada más es un cristiano.

El Nuevo Testamento enseña que, incluso en la vida de un cristiano, se darán factores en conflicto. Si bien el soporte principal de su vida es esa normativa de Dios escrita no en piedra sino en carne, hay tipos de oposición que en ocasiones le superan; son debilidades de la carne, el mundo, la lascivia y los viejos hábitos.

En el séptimo capítulo de Romanos aparece el lamento clásico de un hombre santo que, a veces, siente cómo se agitan los impulsos de su interior que le llevan a ser impío. Pablo exclamó: “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:24). En el capítulo ocho sigue diciendo que alguien ha provisto la solución para que nos liberemos de esos factores salvajes que hay en nuestro ser, a los que llamamos “la carne”, la “carnalidad” o “el viejo hombre”, “porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8:2).

¿Se puede enseñar la religión?

En la carta a los Hebreos encontramos esta afirmación sobre el modo en que funciona el nuevo pacto de Dios con su pueblo:

Y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades (He. 8:11-12).

La consideración relevante es: *¿Se puede enseñar la religión?* En nuestros tiempos se ha puesto muchísimo énfasis en lo que

llamamos “enseñanza religiosa”. Yo creo en la enseñanza religiosa... si entendemos lo que queremos decir. La doctrina y la ética se pueden enseñar. Podemos colocarnos delante de media docena de niños pequeños y enseñarles: “Dios es amor” (1 Jn. 4:8); “creó Dios los cielos y la tierra” (Gn. 1:1); “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn. 3:16); “cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hch. 16:31). Esto es doctrina, y la doctrina se puede enseñar.

También se puede enseñar la ética, las leyes justas. Podemos colocar ante nosotros a esos pequeños y decirles: “Obedezcan a sus padres, no mientan, no roben”. Podemos enseñar esto, y debemos hacerlo. La doctrina hay que enseñarla, al igual que la ética.

Sin embargo, la salvación no se puede enseñar. La salvación es lo que sucede en la vida de una persona porque cree la doctrina que ha escuchado. Ahora bien, un hombre puede escuchar la doctrina, aprenderla y superar un examen sobre ella; puede recitar un catecismo de principio a fin, sin saltarse una coma; y aun así no ser cristiano, porque no se puede convertir a un hombre en cristiano mediante la enseñanza, aunque por medio de ella se le puede incitar a que *quiera* ser cristiano. Le puedes enseñar *cómo* ser cristiano. Una vez se haya convertido en cristiano, se le puede enseñar, como dice Jesús, “todas las cosas... todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14:26). Pero no se le puede *hacer* cristiano solo mediante la enseñanza.

Aún no se ha diseñado un plan de estudios que haga nacer a un bebé. Los bebés son vida, nacidos de la vida. Sin embargo, una vez nace y crece, se le puede enviar a la universidad y someterlo a un plan de estudios, y puede aprender mucho de lo que necesita aprender.

A pesar de todo, hay que partir de la vida. No se puede crear vida mediante la enseñanza. Me pregunto cuántos presuntos cristianos lo son solo por instrucción, por la enseñanza religiosa recibida; solo porque alguien les ha manipulado, les ha sumer-

gido en agua o se la ha rociado. Es una pérdida trágica que podamos formar parte de la iglesia, participar de ella y ser conocidos como cristianos porque actuamos como tales. No hacemos esto ni lo otro. Estamos en la iglesia y ofrendamos.

Somos un poco refinados. Por consiguiente, actuamos como cristianos, pero lo terrible es que somos cristianos por manipulación, por instrucción, y no por regeneración. La salvación, entre otras cosas, implanta en el alma un factor desconocido que impulsa a la persona salva a actuar de determinada manera. El verdadero cristiano clama al Padre por impulso del Espíritu. No pide que se le enseñe. Nadie dice al nuevo cristiano: «Di “Abba, Padre”». Lo dice porque en su corazón está el Espíritu del Hijo, induciéndole a decirlo.

La pregunta penetrante que exige respuesta es: *¿Me ha pasado esto? ¿Le he recibido? ¿He creído en Él? ¿Ha obrado en mí este milagro que me induce a querer hacer el bien y me entristece si no lo hago?* Es imperativo que nos formulemos esta pregunta y la respondamos sinceramente. Es imperativo que la respondamos afirmativamente. Sería desgarrador, o al menos descorazonado, si se nos permitiera plantarnos a la puerta de una iglesia y preguntar a todo el que sale: “¿Eres un cristiano auténtico en tu interior? El milagro del nuevo nacimiento, ¿ha implantado en tu ser ese factor desconocido que Dios ha llamado ‘su ley’, ese factor que te lleva a querer hacer justicia, aborrecer el pecado y odiar la iniquidad? ¿Te has visto bendecido con este factor interno que te impulsa hacia la santidad?”.

¿Obtendrías una respuesta sincera? El 99 por ciento intentaría esquivarte. Si obtuvieras respuestas sinceras, sería espantoso, porque no hay dudas al respecto. Si todas las personas que asisten a la iglesia tuvieran ese factor desconocido, ese impulso que los llevase hacia la justicia, nuestro país sería distinto a como es ahora. El concepto de “cristiano” sería bastante diferente a lo que es actualmente.

Vengamos ante Dios y digamos: *Señor, no me permitas seguir siendo una de esas personas que son como ese chimpancé al que han adiestrado para que se comporte como un hombre, pero no lo es, y morirá siendo chimpancé. Ayúdame, Señor, para que no sea pecador, un pecador bueno, un pecador moral, un pecador con elevados estándares éticos, un pecador religioso, pero pecador al fin y al cabo.* Eso sería una tragedia terrible. Solo el Espíritu Santo, por medio de la Palabra de Dios, puede penetrar en lo más hondo del alma humana para provocar el cambio radical necesario para hacer un cristiano.

De la iglesia el fundamento

Samuel J. Stone (1839-1900)

De la iglesia el fundamento
es Jesús el Salvador;
por el agua y la Palabra
le dio vida su Señor;
para hacerla su esposa quiso
de los cielos descender,
y su sangre por limpiarla
en la horrible cruz verter.

De entre todas las naciones
escogida en variedad,
a través de las edades
se presenta en unidad;
y los títulos que ostenta
son: tener solo un Señor,
una fe y un nacimiento,
un constante y puro amor.

Ella alaba solo un nombre,
participa de un manjar,
la consuela una esperanza
y en la cruz tiene su altar;
por el celo que la anima,
de las almas corre en pos,
y ambiciona por la gracia
conducirlas hasta Dios.

Aunque el mundo la contemple
ya con odio o desdén;
del error o de los cismas
desgarrada en el vaivén,
en vigilia están los santos
y no cesarán de orar;
lo que hoy es tristeza pronto
se convertirá en cantar.

A través de sufrimientos
y fatigas y dolor,
el glorioso día espera
en que vuelva su Señor;
consumada su carrera
y perfecta su salud,
entrará triunfante y libre
en la eterna beatitud.

Trad. Juan B. Cabrera

